



Antípoda. Revista de Antropología y
Arqueología

ISSN: 1900-5407

antipoda@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes
Colombia

Apud Peláez, Ismael Eduardo

Repensar el método etnográfico. Hacia una etnografía multitécnica, reflexiva y abierta al diálogo
interdisciplinario

Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología, núm. 16, enero-junio, 2013, pp. 213-235

Universidad de Los Andes
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81427459010>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

REPENSAR EL MÉTODO ETNOGRÁFICO. HACIA UNA ETNOGRAFÍA MULTITÉCNICA, REFLEXIVA Y ABIERTA AL DIÁLOGO INTERDISCIPLINARIO*

ISMAEL EDUARDO APUD PELÁEZ**

ismaelapud@psico.edu.uy

Sistema Nacional de Investigadores (ANII, Uruguay)

Universidad de la República de Uruguay, Uruguay

RESUMEN El método etnográfico es considerado el método de investigación por excelencia de la antropología social. Se lo define como un método cualitativo, caracterizado por la observación participante y el uso de la reflexividad. En el siguiente trabajo nos proponemos pensar estas naturalizaciones metodológicas en cuanto constructos sociohistóricos de la disciplina antropológica, para replantearnos una etnografía multitécnica, abierta al diálogo interdisciplinario, reflexiva, y en vigilancia del proceso de investigación en su conjunto.

PALABRAS CLAVE:

Etnografía multitécnica, reflexividad, validez, confiabilidad.

DOI: <http://dx.doi.org/10.7440/antipoda16.2013.10>

* El artículo es una reformulación de cuestiones elaboradas en el marco metodológico de la tesis "Ceremonias de Ayahuasca: entre un centro holístico uruguayo y el curanderismo amazónico peruano", presentada en 2013 en la Maestría en Metodología de la Investigación Científica, Universidad de Lanús, Buenos Aires, y cuenta con el respaldo financiero de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC, UdelAR).

** Licenciado en Psicología, Facultad de Psicología, Universidad de la República (Montevideo, Uruguay); Lic. en Ciencias Antropológicas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UdelAR. Grupo de investigación: "Programa Cognición" (Facultad de Psicología, UdelAR). Publicaciones recientes: "El moderno Prometeo. Cuestiones éticas y epistémicas en torno a la construcción del cuerpo humano como objeto de estudio y su relación con la psiquiatría y la psicofarmacología", 2010, *Revista de Humanidades Médicas y Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología*, 2 (1); "Magia, ciencia y religión en Antropología Social. De Tylor a Lévi-Strauss", 2011, *Nómadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas* 30.

RETHINKING THE ETHNOGRAPHIC METHOD. TOWARDS A MULTITECHNICAL, REFLEXIVE AND ETHNOGRAPHY

ABSTRACT The ethnographic method is considered the research method *par excellence* of social anthropology. It is defined as a qualitative method centered on participant observation and reflexivity. In this paper we propose to think these methodological naturalizations as academic anthropology socio-historical constructions in order to rethink ethnography as a multi technical method that is open to interdisciplinary dialogue, that is reflexive and capable of analyzing the research process as a whole.

KEY WORDS:

Multi technical ethnography, reflexivity, validity, reliability.

214

REPENSAR O MÉTODO ETNOGRÁFICO. RUMO A UMA ETNOGRAFIA MULTITÉCNICA, REFLEXIVA E ABERTA AO DIÁLOGO INTERDISCIPLINAR

RESUMO O método etnográfico é considerado o método de pesquisa por excelência da antropologia social. É definido como um método qualitativo, caracterizado pela observação participante e pelo uso da reflexividade. No seguinte trabalho, propomo-nos a pensar estas naturalizações metodológicas enquanto construtos sócio-históricos da disciplina antropológica, para reformularmos uma etnografia multitécnica, aberta ao diálogo interdisciplinar, reflexiva e em vigilância do processo de pesquisa em seu conjunto.

PALABRAS CHAVE:

Etnografia multitécnica, reflexividade, validez, confiabilidade.

REPENSAR EL MÉTODO ETNOGRÁFICO. HACIA UNA ETNOGRAFÍA MULTITÉCNICA, REFLEXIVA Y ABIERTA AL DIÁLOGO INTERDISCIPLINARIO

ISMAEL EDUARDO APUD PELÁEZ

INTRODUCCIÓN

EL MÉTODO ETNOGRÁFICO ES CONSIDERADO una especie de rito de iniciación por el que todo antropólogo debe transitar para ser apreciado como tal. Según Ricardo Falomir (1991), existe cierto consenso en que se trata de un método “holístico” –o sea, que tiene en cuenta el contexto en su complejidad, sin restricciones acotadas a variables o simplificaciones artificiales–, que utiliza la observación participante, y que informa sobre reglas, acciones y significados de los sujetos estudiados. También se considera al trabajo etnográfico como un catalizador de los procesos de desfamiliarización y extrañamiento (DaMatta, 1978), una especie de vacuna contra el etnocentrismo, a través de lo que usualmente se denomina reflexividad.

Sin embargo, etnografía, antropología, observación participante y reflexividad no siempre han participado en este juego de identificaciones mutuas. Su conjunción ha sido una construcción sociohistórica producto de determinadas modalidades de prácticas académicas naturalizadas con el correr del tiempo, que han marcado tanto rumbos positivos como restricciones en el desarrollo del programa de investigación científico-disciplinario. En el siguiente trabajo nos proponemos analizar estas naturalizaciones, explicitando su historicidad, sus virtudes y sus desventajas. Analizaremos cómo surge el maridaje entre la antropología teórica y la etnografía, cómo se naturaliza la concepción de la etnografía como método eminentemente cualitativo y cómo se consolida la reflexividad como instancia necesaria en el diseño etnográfico. También reflexionaremos en torno a los criterios de validación en las metodologías cualitativas y en la etnografía en particular.

Nuestro objetivo es repensar el método etnográfico, con miras a escapar de algunas constricciones metodológicas naturalizadas –principalmente aquellas vinculadas a la antropología posmoderna–, y así, plantear una etnografía multitécnica, reflexiva, y en diálogo interdisciplinario. Siguiendo a Melford Spiro (1996), si bien estamos de acuerdo con los postulados pos-

modernos de que el antropólogo debe comprender significados de las culturas nativas, estar atento a la reacción que causa su persona en el juego mutuo de observar y ser observado y observarse a sí mismo en el juego bidireccional del trabajo de campo, creemos a su vez necesario el abandono de un doble argumento epistemológico-ideológico¹, donde se relativiza el papel del conocimiento y su “objetividad”, y se expone la cuestión de lo científico como un problema principalmente ideológico. Tanto la relegación de lo cuantitativo en el diseño etnográfico, la falta de reflexión metodológica de los criterios de validez y confiabilidad en el proceso de investigación, así como la utilización relativista del concepto de reflexividad, responden a esta argumentación epistemológica-ideológica². Por el contrario, en el siguiente trabajo proponemos: i. La necesidad de incluir una mayor utilización de métodos y técnicas cuantitativos en la investigación etnográfica, a fin de enriquecer el abanico de preguntas y las posibilidades cognoscitivas del etnógrafo (Mora Nawrath, 2010); ii. La necesidad de explicitación y debate en torno a los criterios de validez y confiabilidad, bajo el horizonte de una mayor “objetividad”, así como de incluir los mismos en el proceso de investigación en su conjunto (Aunger, 1995; Samaja, 1997); iii. La importancia de la reflexividad como herramienta metodológica, sin por ello caer en posicionamientos relativistas (Spiro, 1996). Creemos que repensar estas cuestiones no implica únicamente reflexionar sobre el método etnográfico, sino también sobre ciertas concepciones que encierran la disciplina en su costado humanista, impidiendo el diálogo interdisciplinario con otras disciplinas de raigambre más “científica”, vinculadas a las ciencias naturales.

PRIMERAS NUPCIAS: EL MÉTODO ETNOGRÁFICO Y LA ANTROPOLOGÍA DE GABINETE

Si bien la antropología social nace como disciplina con Edward Burnett Tylor y su *Primitive Culture*, en 1871, la etnografía, en cuanto método general no necesariamente profesionalizado, puede rastrearse hasta tiempos más

1 “The postmodernist critique of science consists of two interrelated arguments, epistemological and ideological. Both are based, however, on the central postmodern notion of subjectivity. First, because of the subjectivity of the human object, anthropology, according to the epistemological argument, cannot be a science; and in any event the subjectivity of the human subject precludes the possibility of science discovering objective truth. Second, since its much-vaunted objectivity is an illusion, science, according to the ideological argument, serves the interests of dominant social groups (males, whites, Westerners), thereby subverting those of oppressed groups (females, ethnics, third-world peoples)” (Spiro, 1996: 759).

2 Damos por sentado que estas reflexiones no incluyen a los posmodernos en su totalidad. Siguiendo nuevamente a Spiro: “[...] since postmodernist anthropologists are as diverse a group as any other, the following generalized and schematic summary of their views applies to most, but not all, of them” (1996: 764).

remotos³. En su nacimiento, la antropología fue una disciplina de gabinete o sillón (*armchair anthropology*), y el trabajo de campo etnográfico no era todavía uno de sus intereses principales. Antes de fines del siglo XIX, el etnógrafo y el antropólogo eran figuras distintas: James George Frazer nunca había realizado trabajo de campo, si bien alentaba tal empresa; E. B. Tylor tampoco, aunque aconsejaba la sistematización de datos por parte de misioneros, administradores coloniales y viajeros. La articulación entre trabajo de campo etnográfico y teorización antropológica fue un proceso que comenzó a finales de siglo XIX, y que se consolida definitivamente con Bronislaw Malinowski y su ya célebre capítulo metodológico de *Los argonautas del Pacífico occidental*, en la segunda década del siglo XX. Se verá enmarcado dentro de un paradigma positivista de investigación científica, vinculado a las ciencias naturales como forma de conocimiento por excelencia.

Uno de los primeros antropólogos en realizar trabajo de campo fue Franz Boas, crítico de las perspectivas evolucionistas y difusionistas, fundador del particularismo histórico, y considerado padre de la antropología norteamericana moderna. Boas fue un físico alemán que incursionó en la antropología a través de su interés por los modos sensoriales de la experiencia, principalmente en su trabajo de campo. En ese entonces Adolf Bastian postulaba una posible “unidad psíquica de la humanidad” a través de sus “ideas elementales” (*Elementargedanken*), no dependientes de las variaciones de contexto. La experiencia de campo y el contacto con las culturas nativas, así como algunas experiencias fallidas en su pasaje por el laboratorio de Wilhelm Wundt (Throop y Laughlin, 2007: 636), llevaron a Boas a considerar los modelos derivados de la física y las ciencias naturales como obsoletos a la hora de comprender las distintas culturas. Esto derivó en un interés por la comprensión subjetiva de las culturas, la consecuente primacía del trabajo de campo por sobre la antropología de sillón, dado que bajo un modelo teórico particularista sólo podemos conocer la cultura de un pueblo mediante el contacto directo con su complejidad. Para Boas la tarea del antropólogo no pasaba tanto por componer un modelo de desarrollo civilizatorio al estilo evolucionista o de los “ciclos culturales”, sino por conocer las diversas culturas y sociedades en sus particularidades. Esta concepción será motor de su interés por el manejo de la lengua nativa y de la observación in situ.

3 Por ejemplo, Vidich y Lyman (1994) marcan distintos momentos en la etnografía norteamericana, comenzando por una etnografía temprana (descubrimiento del “otro” primitivo), una etnografía colonial (con objetivos colonizadores y civilizatorios), una etnografía profesionalizada (vinculada a la antropología social y a la sociología urbana), una etnografía de la “asimilación” (estudio de las relaciones étnicas y de los procesos de asimilación e integración culturales) y una etnografía posmoderna (interesada en forma crítica en las implicaciones éticas y políticas de la etnografía).

En el viejo mundo, los primeros pasos hacia el abandono de la antropología de gabinete y la consolidación del trabajo de campo pueden rastrearse en la Expedición de la Universidad de Cambridge al estrecho de Torres, en 1898. Liderada por el zoólogo Alfred Cort Haddon, reunía investigadores de varias disciplinas, como William Halse Rivers (médico y psicólogo experimental), Charles Gabriel Seligman (médico), Sydney Ray (experto en lenguas melanesias) y Anthony Wilkin (fotógrafo). La expedición poseía una fuerte impronta naturalista, que partía del estudio del mundo social en su estado “natural”, en consonancia con la observación directa zoológica. Esta expedición interdisciplinaria se dedicó no sólo al registro de las costumbres locales sino también al de posibles universales en la percepción (ilusiones ópticas, discriminación de colores) y la sensibilidad (discriminación táctil), a fin de poder indagar sobre las conexiones entre mente y cultura. A partir de allí, Haddon comienza a enfatizar en la necesidad del trabajo de campo (*field work*), mientras que Rivers establece como requisito la intensividad en el mismo (vivir más de un año en el lugar) y el conocimiento de la lengua autóctona⁴. Pero para la consolidación de la etnografía profesionalizada habrá que esperar a la segunda década del siglo XX, cuando Bronislaw Malinowski toma todos estos logros y los sistematiza en su trabajo de campo en las islas Trobriand, buscando un método de documentación objetivo y centralizado en la observación participante. En su capítulo introductorio de *Los argonautas...* realiza una serie de recomendaciones para el trabajo de campo que consolidarán el método etnográfico profesionalizado: cortar la relación con otros blancos (estar sólo con el grupo estudiado), conocer la lengua nativa, utilizar la observación directa –principalmente para observar lo que denominaba los “imponderables de la vida cotidiana”–; la necesidad de “captar el punto de vista nativo”, la importancia de la teoría y los chequeos empíricos, la exhaustividad de la información registrada, el mantener un diario de campo (Malinowski, 1995). Su idea era hacer la disciplina antropológica lo más científica posible, siguiendo el ejemplo de las ciencias naturales, pero sin perder la especificidad del objeto de estudio propio. El funcionalismo británico malinowskiano partía de la idea de una

4 “Desde el desarrollo de su método etnográfico, Rivers había cambiado en su forma de ver la antropología. En estos primeros años sus preocupaciones se dirigían al tema de las categorías nativas, señalando el cuidado necesario para no sugerir las categorías civilizadas al interrogar a los nativos, asimismo plantea las ventajas de no ir al campo en equipos como con frecuencia se venía llevando a cabo, sino que el antropólogo haga su trabajo de campo solo de modo de distorsionar menos al grupo estudiado, y por otro lado porque consideraba que los distintos dominios de conocimiento característicos del Occidente (economía, política, religión, entre otros) estaban fuertemente interrelacionados por lo que era ventajoso que una misma persona los estudiase, en lugar de la suma de especialistas. Finalmente destacaba la importancia del trabajo intensivo, por un período no menor de un año” (Rostagnol, 1999: 2).

posible objetividad, a través de un modelo de análisis con ciertos rasgos que anacrónicamente podrían ser vistos como “interpretacionistas”, todo ello sin perder su marco positivista. En la conjunción de una posible objetividad y un acercamiento a la subjetividad de los actores (el “punto de vista nativo”), se consolida el método etnográfico de una antropología profesionalizada, que, junto con la Escuela de Chicago, son considerados los antecedentes más tempranos en el desarrollo de las metodologías cualitativas.

En cuanto a la antropología francesa, es a partir de la década de los veinte que comienza a desarrollarse la etnografía profesionalizada en las colonias africanas, a través del Instituto de Etnología de la Universidad de París. Allí, Marcel Mauss dictará sus clases de etnografía, posteriormente recopiladas en su *Manual de Etnografía*, de 1947, con el objetivo de ofrecer recomendaciones a viajeros, misioneros y administradores coloniales en los métodos de recolección sistemática de materiales y datos. En el Instituto se formarán figuras célebres de la antropología, como Alfred Métraux, Marcel Griaule o Louis Dumont. Vemos, entonces, tanto en la antropología anglosajona como en la francesa, la emergencia de una disciplina profesionalizada, mediante un proceso de marriage entre la antropología teórica y la investigación (empírica) etnográfica, que supuso la naturalización de una simbiosis en aquel momento inédita.

MÉTODO ETNOGRÁFICO: ¿CUALITATIVO O MULTITÉCNICO?

Otra de las naturalizaciones que sufre nuestra disciplina es la concepción del método etnográfico como eminentemente cualitativo, atributo cuestionable si tenemos en cuenta que los pioneros del trabajo de campo etnográfico incluían en sus metodologías técnicas de diversa procedencia, y no solamente la utilización de la observación y las entrevistas. De allí que podamos concebir a la etnografía como un método multitécnico, y no sólo cualitativo. Siguiendo a Héctor I. Mora Nawrath (2010), la pluralidad de técnicas y la interdisciplinariedad en el trabajo de campo etnográfico son características presentes en los orígenes y la consolidación de la antropología profesional:

Esta [la etnografía multitécnica] se inicia con Tylor, Rivers, Boas y Malinowski, y continúa hasta nuestros tiempos; no sólo da cuenta de la flexibilidad, sino también de la apertura y comunicación que ha tenido lugar entre la antropología y diversas disciplinas (filosofía, matemáticas, estadísticas, psicología, lingüística, sociología, geografía, ecología, etc.). Hablar de una etnografía multitécnica no resulta para nada una perogrullada, en tanto en la literatura, la confusión con la observación participante o reducción a ésta técnica continúa reproduciéndose... (Mora, 2010)

Tenemos por ejemplo las diversas técnicas utilizadas en la Expedición al estrecho de Torres, donde se practicó no sólo la observación sino también diversas técnicas psicométricas, y cuestionarios. También están las observaciones de Marcel Mauss en las notas de sus cursos de etnografía, donde describe una pluralidad de técnicas para el enfoque etnográfico⁵, o la importancia que da Malinowski a las estadísticas locales y los datos sociodemográficos; el interés de Boas por la geografía humana, y la utilización de Griaule (1969) de dibujos, cartografías, fotografías y cinematografía.

La concepción de la etnografía como “paradigma” de los métodos cualitativos surge en la década de los sesenta, junto con la popularización de diversas corrientes cualitativas como la fenomenología, el construccionismo, la etnometodología, el interpretacionismo, la antropología simbólica, la teoría crítica. Más allá de sus diferencias respectivas, todas estas corrientes comparten su rechazo y oposición al enfoque normativo de lo que suele denominarse “concepción heredada”, “consenso ortodoxo” o “visión estándar” del método científico (Marradi *et al.*, 2007), asentado epistemológicamente en los cánones del neopositivismo (Escuela de Viena, falsacionismo popperiano), y metodológicamente, en la Universidad de Columbia (popularización de los *surveys* por Lazarsfeld y Merton). Si bien los orígenes de los métodos cualitativos pueden rastrearse en la tradición alemana del siglo XIX (Schleiermacher, Dilthey, Windelband, Rickert, Weber), es luego de la Segunda Guerra, y bajo un contexto de suspicacia frente al paradigma científico y sus promesas de bienestar y emancipación social, que comienzan las disputas metodológicas entre los enfoques cualitativos y cuantitativos. Comienzan a formarse dos bandos antagónicos: por un lado, los cualitativos, que acusan a los cuantitativos de su incapacidad de crítica social, su orientación hacia problemas de corte mercantilista y deshumanizador, y su complicidad con el statu quo social capitalista. Por otro lado, los cuantitativos, que incriminan a los primeros por su falta de rigurosidad científica, su incapacidad de establecer metodologías confiables y válidas, y sus imposturas “pseudocientíficas”. En antropología esta situación se refleja en el abandono de los enfoques funcionalistas, estructuralistas, formalistas y comparativistas, y la popularización de las corrientes simbólicas, interpretativas y posestructuralistas. La investigación en ciencias sociales se sumerge en

5 Mauss destaca no sólo la utilización de métodos rigurosos sino la importancia expositiva, “novelesca”, de la escritura antropológica, profetizando uno de los grandes intereses posteriores de la disciplina. Concibe la etnografía como un método exhaustivo y preferentemente intensivo, que posee en su inventario una gran cantidad de herramientas: fichas descriptivas, métodos morfológicos y cartográficos, estadística geográfica y demográfica, registro de objetos, fotografía, cinematografía, fonografía, métodos filológicos (registro de los textos escuchados), estudio de la historia de la sociedad e historias familiares (método genealógico), métodos autobiográficos, interrogatorios y “diario de ruta” (Mauss, 2006: 23).

una polarización de dos formas de aproximación consideradas no sólo incompatibles, sino en una confrontación irresoluble. Es a partir de allí que en la investigación etnográfica comienza un predominio cualitativo casi exclusivo, ya sea como técnica –predominio de la observación participante y las entrevistas–, como enfoque –simbólico, interpretacionista–, como texto –producción de una escritura que intenta “comprender” el punto de vista nativo y reflexionar sobre el investigador y su implicación en el campo–.

Sin embargo, en los años ochenta la controversia empieza a perder fuerza y comienza el predominio de lo que Bryman (1988) denomina “argumento técnico”, donde los métodos cualitativos y cuantitativos empiezan a ser considerados de acuerdo con los objetivos cognoscitivos y los problemas que intentan solucionar. El argumento técnico aborda lo metodológico en relación con los problemas, temas y objetivos de cada investigación, poniendo énfasis en la relación medios-fines. La pertinencia del método dependerá de los objetivos cognoscitivos propuestos, por lo que la utilización de uno u otro, o de ambos métodos combinados, será considerada de acuerdo con dichos objetivos, así como con las posibilidades técnicas y metodológicas de cada investigador. Las investigaciones orientadas al caso –cualitativas– o a la variable –cuantitativas– comienzan a ser vistas en su complementariedad potencial, a través del uso de triangulaciones y métodos multitécnicos. Empieza a separarse “la paja del trigo”: decisiones metodológicas y posiciones epistemológicas son concebidas como ámbitos de reflexión separados, y muchos investigadores comienzan a desnaturalizar la polarización entre lo cualitativo y lo cuantitativo. Estas nuevas concepciones metodológicas abren nuevos rumbos y desafíos en la construcción metodológica del diseño de investigación cualitativo, a través de la inclusión de diversas herramientas y técnicas que despliegan un mayor abanico de interrogantes, así como un diálogo más abierto a cuestionamientos interdisciplinarios, en un momento histórico donde cobran fuerza los modos transdisciplinarios de hacer ciencia (Gibbons *et al.*, 1997).

Bajo estas nuevas perspectivas –quizás un posible retorno de una etnografía de raíces multitécnicas e interdisciplinarias–, afirmar el carácter multitécnico de la etnografía no implicaría negar la importancia de la observación participante y el enfoque cualitativo en el trabajo de campo, sino concebir el diseño de investigación etnográfico evitando discriminaciones y exclusiones propias de una falsa dicotomía entre lo cualitativo y lo cuantitativo. La inclusión de técnicas cuantitativas puede realizarse como formas complementarias de validación, cruzamiento y triangulación de datos, o como formas anidadas, que respondan a incógnitas puntuales dentro del diseño etnográfico general. Entender la etnografía como investigación multitécnica implica entender la

relación método-técnicas en su articulación medios-fines, argumento técnico de por medio. Y si bien la observación participante en cuanto técnica cualitativa resulta en la actualidad esencial para el acercamiento antropológico al trabajo de campo, no por ello debe definir en forma absoluta o fagocitar cognitivamente los potenciales del investigador, pudiendo éste extender sus herramientas metodológicas, para de esta manera ampliar su horizonte de preguntas y cuestionamientos.

REFLEXIVIDAD Y CRISIS DE LA REPRESENTACIÓN

El concepto de reflexividad es hoy un aspecto central en el método etnográfico, más allá de que muchos trabajos etnográficos demuestren una escasa o mala utilización del término. Quizás sea consecuencia de la heterogeneidad de sus usos y su definición imprecisa (*cfr.* Nazaruk, 2011), así como de la diversidad de enfoques involucrados en su genealogía (el perspectivismo nietzscheano de los posestructuralistas, la concepción de reflexividad en la sociología del conocimiento, la experimentación escritural de la antropología posmoderna, la concepción de contratransferencia en psicoanálisis y su influencia en la etnografía de investigadores como Benedict, Mead, Sapir y Devereux). Sin ser nuestro interés entrar en el debate sobre la génesis y el desarrollo del concepto de reflexividad, nos gustaría realizar un breve bosquejo histórico que nos permita observar aquellos aspectos positivos y negativos que son introducidos a través del mismo.

Sin entrar en discusiones sobre los antecedentes o trabajos anteriores que incluyen una impronta reflexiva en el trabajo de campo etnográfico (por ejemplo, Powdermaker, 1966), podríamos decir que es en los años ochenta que comienza en la antropología social una revisión del método y la escritura etnográficos, una reflexión en torno a los recursos retóricos y escriturales del texto etnográfico y la autoridad que se le confiere al antropólogo –trabajo de campo mediante– para hablar sobre y por otros, en lo que Geertz (1989) denominó “ventriloquia etnográfica”. Esta revisión tiene como antesala la emergencia a partir de los años sesenta de múltiples debates y transformaciones en el campo de las ciencias sociales, íntimamente relacionados con la popularización de las metodologías cualitativas. Por un lado, y bajo un contexto de posguerra, tenemos la crítica generalizada al paradigma emancipatorio científico-tecnológico, característica propia de una emergente “condición postmoderna” (Lyotard, 1993). Además, el fin del colonialismo y sus consecuencias mundiales: la dispersión étnica y de nacionalidades a lo largo y ancho del globo; la transformación de los pueblos colonizados, que van adquiriendo voz ciudadana y participación en los debates académicos; una mayor crítica ideológica a los trabajos

académicos –entre ellos, las etnografías clásicas–, al elucidar sus relaciones con el colonialismo y el imperialismo. En el terreno epistemológico comienza la crítica a los criterios de cientificidad tradicionales del “consenso ortodoxo”, impulsada en primera instancia por la obra de Thomas Kuhn *La estructura de las revoluciones científicas*, en 1962, y proseguida por otras iniciativas, como el Programa Fuerte de la Sociología del Conocimiento de Barnes y Bloor, y otras propuestas filosóficas, antropológicas y epistemológicas. La crítica a los criterios de objetividad y neutralidad trajo como consecuencia el cuestionamiento epistemológico y político de las investigaciones de corte más básico o tecnológico, así como el de aquellas disciplinas más “blandas”, entre ellas la antropología y el método etnográfico.

Dentro de la antropología, la publicación en 1967 del diario de campo de Malinowski generó fuertes debates metodológicos, dadas las contradicciones encontradas entre las consideraciones de campo realizadas por el autor y los secretos que el diario develaba sobre su estadía en las Trobriand. Según Geertz, el diario produjo un “quiebre de la seguridad epistemológica” (1989: 33) y un cuestionamiento sobre la autoridad etnográfica del antropólogo como “testigo ocular” o “yo testificante” (*I-Witnessing*), autoridad concedida por el “estar allí” del trabajo de campo, que opera como instancia de credibilidad de la escritura antropológica, en cuanto confiere una supuesta traducción confiable entre el “estar allí” y el “estar aquí”⁶. Este quiebre tuvo como correlato positivo una explicitación de las contradicciones y conflictos propios de un etnógrafo “humano, demasiado humano”, abriendo un campo de reflexión desidealizado del antropólogo como investigador, y asentando el tema de la reflexividad, la implicación y la problematización de la escritura antropológica. Surge a partir de allí una “oleada de remedios”, enfocados principalmente hacia la experimentación de nuevos modos de escritura etnográfica. El diario de Malinowski inicia una conciencia reflexiva sobre la necesidad de un tipo de escritura más honesta y plural, que ilustre sobre las complejidades y contradicciones del etnógrafo en el campo. Siguiendo a James Clifford,

El Diario es un texto inventivo, polifónico. Es un documento crucial para la historia de la antropología, no porque revele la realidad de la experiencia etnográfica sino porque nos fuerza a enfrentarnos a las complejidades de tales encuentros y para tratar todas las reseñas textuales basadas en el trabajo de campo como construcciones parciales. (Clifford, 2001: 124)

6 “La conexión textual entre ‘Estar Allí’ y ‘Estar Aquí’ de la antropología, la construcción imaginativa de un terreno común entre el ‘Escribir En’ y el ‘Escribir Acerca De’ [...] es la *fons et origo* de cualquier poder que la antropología pueda tener de convencer a alguien de algo, y no la teoría, el método, ni siquiera el aura de la cátedra profesoral, por consecuentes que puedan ser” (Geertz, 1989: 153-154).

Sumado al controversial diario, comienzan a aparecer polémicas como la de Derek Freeman y Margaret Mead –ver más adelante–, así como una nueva camada de antropólogos, en los límites entre lo científico y lo místico, y con trabajos de campo de dudosa credibilidad –por ejemplo, la disertación de Carlos Castaneda, publicada como *Las enseñanzas de don Juan*, en 1968–. En la década de los ochenta, y con el famoso Seminario de Santa Fe, publicado por Clifford y Marcus en el ya clásico *Writing Culture*, adquiere fuerza el cuestionamiento sistemático de los modos de escritura antropológica, así como la experimentación con nuevos modos de hacer etnografía. Nace tanto la antropología posmoderna como un período que Denzin y Lincoln (1994) denominan “crisis de la representación”, y que supone la caída de una posible representación objetiva de la realidad social, así como la consecuente reflexividad sobre las implicaciones del antropólogo en el trabajo de campo y sobre la escritura antropológica y sus modos “sofísticos” de verosimilitud y convencimiento. Atkinson y Hammersley (1994) lo describen como un “giro retórico”, signado por el descubrimiento de los modos de argumentación persuasiva en la escritura etnográfica. Según L. Nicolás Guigou (2010), se trata del inicio de una reflexión sobre la etnografía como objeto cultural diseñado por la disciplina antropológica, con sus tramas de diseño y sus modos de verosimilitud textual⁷.

En la búsqueda de nuevas alternativas a los problemas de la etnografía clásica, la nueva antropología posmoderna explora nuevos modos de hacer etnografía. Surge la “etnografía experimental”, donde se yuxtaponen documentos autobiográficos, múltiples voces narrativas, transcripciones de textos históricos. Comienzan a surgir modos dialógicos de escritura (George Marcus, Jean-Paul Dumont, Paul Rabinow, Vincent Crapanzano y Renato Rosaldo) bajo la consigna de dar lugar a la polifonía o plurivocidad de los actores, y escapar de la voz en tercera persona, pretendidamente objetiva, de las etnografías clásicas. Todos estos autores son impulsores de una etnografía cuestionadora del objetivismo científico que intenta escapar de la voz monológica y totalizante característica de la etnografía clásica. Según Stephen Tyler (1986), la etnografía posmoderna privilegia el discurso por encima del texto, la ruptura y desfamiliarización del sentido común por encima del crecimiento del conocimiento, y la reflexividad de la relación

7 “Digamos, un objeto que es diseñado en relación a cierto canon disciplinario y cuyo fuerte sigue consistiendo en el extrañamiento, la familiarización y el relativismo (en sus diferentes calibres). Los objetos culturales de la antropología, objetos diseñados bajo los apremios del disciplinamiento antropológico, han recibido tal vez su primer nivel de objetivación al ser tratados como tales, es decir, como imagen-escritura, o en un sentido amplio, como discurso” (Guigou, 2010: 54).

texto-autor-lector por encima de una objetividad en tercera persona. Con ello no se pretende la reinstauración de una nueva representación intersubjetiva aséptica –lo cual sería tan ingenuo como el objetivismo clásico–, sino escapar de un discurso indirecto y supuestamente objetivo –característico de los estilos coloniales de representación–, y proponer una lectura no homogénea que permita al lector desarrollar una mayor conciencia etnográfica. A su vez, se busca una escritura que informe sobre la cultura, en cuanto totalidad no homogénea, concebida como un diálogo abierto entre distintas subculturas.

En resumen, como aspectos positivos de este giro retórico que analiza a la escritura etnográfica como objeto cultural, podríamos mencionar:

1. La explicitación de las dimensiones sociales, culturales y políticas de la etnografía, que llevan al abandono de una ingenuidad positivista sumergida en la posibilidad de descripciones neutrales y objetivas.
2. La consecuente importancia de la reflexividad en la metodología etnográfica, que implica la inclusión del investigador como sujeto localizado socio-culturalmente, y su relación con la reflexividad de los actores estudiados. Se trata de una reflexividad en torno a una relación intersubjetiva, productora de sentidos y determinante en el producto final escrito (Guber, 2005).
3. La producción de nuevos modos de hacer etnografía, que implican nuevos recursos escriturales que permiten una exposición deslocalizada –por lo menos parcialmente– de la voz impersonal de un antropólogo escritor.

Como aspectos negativos, podríamos mencionar:

- La excesiva importancia en los aspectos persuasivos y retóricos conlleva un análisis centralizado en el producto de investigación, focalizando tan sólo tangencialmente aspectos relativos a otras fases del proceso de investigación, como el de recolección de datos. El método etnográfico dialógico termina siendo un modo de escritura, mas carece de una reflexión explícita en torno a la situación de recolección de datos. Si seguimos el esquema de Juan Samaja (1997) sobre las distintas instancias de validación del proceso científico⁸, podríamos situar la reflexión escritural etnográfica en la instancia de validación expositiva, dejando de lado otros criterios de validación (empíricos, operativos) de suma importancia en el proceso de investigación científico.

8 Samaja (1997) discriminará entre varios tipos de validación, cada uno situado en distintas instancias del proceso de investigación: validación conceptual (abstracta, relativa a la construcción del “estado de la cuestión”), empírica (validez entre los conceptos y sus dimensiones o indicadores observables), operativa (relativa a los criterios de validez y confiabilidad clásicos), expositiva (vinculada a las estrategias retóricas y persuasivas).

- La falta de aproximación en estas instancias de validez responde a una postura posmoderna excesivamente centralizada en un enfoque “hermenéutico”, que lleva a un estilo de etnografía encerrado en el costado humanista de las ciencias sociales, así como obturado para el diálogo interdisciplinario con las ciencias naturales.
- Siguiendo a Robert Aunger (1995), podríamos decir que el estilo etnográfico dialógico delega una gran cantidad de material a la interpretación de un lector muchas veces poco preparado para tal tarea. Esto puede llevar a incomprensiones, equívocos y dificultades para interpretar ciertas cuestiones, que exigen un conocimiento refinado sobre determinados temas o problemáticas teóricas.

En suma, si bien la etnografía posmoderna introduce en el diseño antropológico una instancia de reflexividad, que ha permitido el abandono de una práctica etnográfica “realista”, así como ha posibilitado nuevos estilos de escritura y una vigilancia epistemológica de nuestras propias formulaciones teóricas, por otro lado, y en su forma más radical, corre el peligro de irreflexividad en otras instancias de validación, así como de ensimismamiento en una postura epistemológica relativista incapaz de dialogar con otras disciplinas que no manejen sus mismos códigos.

VALIDEZ Y CONFIABILIDAD EN LOS MÉTODOS CUALITATIVOS

Siendo los criterios de validez y confiabilidad el correlato operativo del concepto de “objetividad científica”, no es de extrañar la dificultad que la antropología ha encontrado a la hora de reflexionar sobre los mismos, más allá de que éstos siempre deban ser reformulados, dada la naturaleza de la investigación cualitativa. Según Roxana Ynoub (2007), a diferencia de los diseños experimentales, cuyo objetivo es principalmente correlacionar variables, las investigaciones interpretativas suponen la comprensión de los fenómenos a través de la profundización en la perspectiva del otro y de los fenómenos culturales en sus contextos naturales. De allí que la autora, siguiendo a Samaja (1997) —y este último a Peirce—, distinga entre la búsqueda de reglas de causación para las investigaciones explicativas (relaciones causa-efecto), de las reglas de significación para los diseños interpretativos (relaciones de sentido). Estas diferencias entre ambos tipos de enfoques no imposibilitan que estos autores propongan un estudio de los métodos de investigación científica desde una perspectiva “holística” y reconstructiva, que ilustre sobre las propiedades estructurales comunes de la investigación científica en sus variadas manifestaciones, sin intenciones

prescriptivas o normativizantes. Al abordar el/los método/s científico/s, tanto en sus especificidades como en su estructura común, se intenta a su vez escapar de dicotomías que separan tajantemente la investigación cuantitativa de la cualitativa. Para ambos autores, todo proceso de investigación involucra una dialéctica donde, desde una fase conceptual y sincrética (construcción del objeto de estudio a partir del estado del arte, o pasaje de la intuición a la conceptualización), en su dialéctica con una fase analítica o empírica (operación e instrumentalización del conocimiento abstracto), se produce una síntesis en la que el conocimiento abstracto se enriquece a través de su sistematización y confrontación con su referente empírico (fase sintética).

Ahora bien, mientras que el método experimental y los métodos cuantitativos suelen ser fuertemente estructurados (a través de procedimientos codificados y ritualizados), en el caso de los métodos cualitativos vemos una gran diversidad y libertad en los enfoques. Se trata de investigaciones donde las decisiones de diseño y el análisis suelen correr en paralelo, es decir, la fase sincrética y la analítica no ocurren primero una y después otra, sino que se yuxtaponen y dialogan. La relación entre los problemas y los casos seleccionados no permanece estática, sino que debe ser revisada continuamente. La emergencia y flexibilidad del diseño cualitativo no serían una consecuencia de la falta de “rigurosidad” científica, sino que estarían vinculadas a la naturaleza de su objeto de estudio, las relaciones de significación, que exigen, siguiendo a Taylor y Bogdan (1987), la utilización de una metodología de carácter flexible (comienza con interrogantes vagas que luego se van desarrollando), holística (no reduce su objeto a variables, sino que lo considera como un todo) y humanística (intenta comprender a los sujetos dentro de sus propios marcos de referencia)⁹. Esto no exime de todas maneras de una reflexión y vigilancia de la validez y confiabilidad en las metodologías cualitativas, problemas que en el debate cualitativo-cuantitativo han generado un amplio espectro de críticas, enfoques y reformulaciones.

El problema de la validez nos traslada a los orígenes del pensamiento científico y la necesidad de normativizar los modos de hacer ciencia a través del método experimental. En su forma ideal el método científico debe cumplir aquellos requisitos formulados para el método experimental, principalmente a través de los criterios de validez y confiabilidad. El experimento se

9 La imposibilidad de un trabajo estructurado y totalmente codificado en el trabajo de campo etnográfico ha sido reconocida ya desde los inicios de la profesionalización de la disciplina. Por ejemplo, Maurice Griaule explicaba en sus clases: “Es que el investigador debe vivir en la atmósfera de la población que estudia. No considerará al trabajo etnográfico como una actividad rígida y con todos sus detalles fijados por adelantado. Por el contrario, hay que prever en la búsqueda, incluso metódica, mil pasos humanos que ninguna regla podría codificar” (Griaule, 1969: 25).

realiza cuando se relacionan dos propiedades o variables: la “operativa” (independiente) y la “experimental” (dependiente), dejando constantes las variables intervinientes y manipulando la primera para observar sus efectos sobre la segunda. Se dice que existe validez interna cuando existe control de las variables que intervienen en el experimento, de modo que la relación causa-efecto no se encuentre contaminada o interferida por otros factores. Por otro lado, se dice que tenemos validez externa o ecológica cuando los resultados obtenidos por el muestreo pueden ser extrapolados al conjunto de la población que se toma como objeto de estudio, lo cual implica la capacidad de generalización –inferencia estadística de por medio–. Para ello es necesario cumplir con los criterios de representatividad, que implican una relación analógica entre muestra y población. Por último, tenemos el criterio de confiabilidad (*reliability*), que involucra la capacidad de replicabilidad de la técnica, de poder obtener los mismos resultados aplicando la técnica a un mismo objeto. Implica estabilidad y consistencia, independientemente del investigador o del contexto. Estos tres criterios –validez interna, validez ecológica y confiabilidad– son el soporte que asegura una relativa objetividad en torno a los datos científicos obtenidos mediante el método experimental.

El traslado del método científico al estudio de los hechos sociales supuso todo un problema, por cuanto en ciencias sociales resulta difícil aislar y controlar variables intervinientes, así como manipular variables en general, además de que no es del todo pertinente extrapolar resultados de un individuo a otro sin tomar su contexto. Implicó una reformulación de las estrategias metodológicas en su traslado a un *tropos* con distintas propiedades, que generó debates y controversias en torno a la pertinencia de tal extrapolación, así como a la capacidad de poder estudiar científicamente los hechos sociales. Marradi *et al.* (2007) utilizan el término “método de la asociación” para denominar este uso de técnicas cuantitativas en ciencias sociales, en cuanto las mismas permiten establecer “asociaciones” y no relaciones causales, dada la imposibilidad de implementar la impersonalidad técnica del experimento y su manipulación de variables. Este intento de imitación produce a su vez una reflexión y explicitación continuas de cuestiones metodológicas en ciencias sociales, que lleva a una mayor proliferación de posturas normativas, de vigilancias y cuestionamientos a la científicidad, y un consecuente complejo de inferioridad, bajo el horizonte de una posible futura consolidación de las disciplinas en cuanto “ciencias”. Bajo este enfoque estándar, las metodologías cualitativas comienzan a ser criticadas por su falta de rigor, de precisión y de generalización. Siguiendo a Hammersley (1989), las respuestas de los investigadores cualitativos ante esta situación han sido: i. Plegarse a los criterios de validez y confiabilidad de la

“concepción heredada”, ii. Proponer nuevos criterios que se adecúen a la metodología propuesta y al referente empírico abordado, iii. El rechazo de todo criterio de evaluación, dada la propia naturaleza de la investigación cualitativa.

La segunda de estas posturas —a la que nos adherimos en este trabajo— supone una reformulación de los criterios de validez y confiabilidad, pero en clave cualitativa, que pretende escapar de cualquier intento de imitación o copia. En el caso de la validez interna, los intentos de fijar nuevos criterios implican una readaptación a las características de la investigación cualitativa, a través de la estandarización y explicitación de criterios, que en muchos casos los investigadores formulaban en forma tácita o implícita en sus procedimientos. Tenemos, por ejemplo, los numerosos chequeos de validez (vinculados a la credibilidad de los informantes), la validez teórica (presentar aquellos datos que no se adecúan a la teoría o hipótesis propuesta), el análisis de la reflexividad (análisis de la relación investigador-sujeto de investigación), el estudio de la reactividad (incidencia del investigador sobre el campo). Dado que en los estudios cualitativos el foco no es puesto en las relaciones explicativas (causa-efecto), sino en las relaciones de significación (las relaciones entre una práctica y el sentido adjudicado por los actores a la misma), la “contaminación” de las conjeturas realizadas por el investigador no será la misma, ya que no se trata de relaciones entre variables, sino relaciones establecidas entre campos semánticos o sistemas simbólicos. Esto implica el acercamiento a la validez interna en otros términos, donde no se enfatiza en el control de las variables, sino en el conocimiento de los factores contextuales y las interpretaciones intervinientes, tanto de los sujetos estudiados como del propio investigador y sus interpretaciones en cuanto actor social perteneciente a sus propios sistemas socioculturales. En el caso de la validez externa, nos enfrentamos a la capacidad que tiene el caso estudiado de ser representativo de un universo más amplio (más allá de las consideraciones intrínsecas que puedan motivar el estudio del caso). Por cuanto la capacidad de representatividad involucra las elecciones de muestreo, en los estudios cualitativos la modalidad de selección de los sujetos responderá en modo general al tipo de diseño emergente que esta clase de investigación supone,

La estrategia cualitativa de producción de datos es recursiva, el investigador va avanzando conforme a la información que produce y analiza, y así, decide los próximos pasos a seguir. El investigador cualitativo va disponiendo en vivo, a partir de lo previsible y lo no previsto, los alcances de la selección. La muestra cualitativa aborda desde lo intensivo las características de la calidad de los fenómenos, desatendiendo su generalización cuantificable y extensiva. (Serbia, 2007: 32)

El muestreo es entonces abierto, y depende del desempeño en la aplicación de campo. Va emergiendo a medida que avanzamos en la investigación, y de acuerdo con criterios intencionales y teóricos, vinculados no a variables, sino a categorías conceptuales que construimos a medida que estudiamos los campos semánticos de nuestro referente empírico. Las muestras cualitativas son pequeñas, difíciles de descontextualizar, deliberadas, no totalmente preespecificadas, orientadas por la teoría, y evolucionan a medida que el trabajo transcurre (Miles y Huberman, 1994). El criterio de generalización no es un asunto primario, y se sustituye generalmente por el de transferibilidad, por cuanto los estudios cualitativos permiten al lector realizar inferencias a otros grupos o fenómenos a través de descripciones ricas que hagan posible hacer comparaciones contextualizadas. La selección de casos puede responder a diversos criterios, como los de variación máxima, selección por bola de nieve, selección por redes informales, selección estratificada, selección oportunista, muestreo por conveniencia, elección de casos críticos, elección de casos ejemplares, selección de casos que permitan examinar presupuestos teóricos, selección de casos que permitan validar o falsar una presuposición o hipótesis, entre otros. Se trata de una inducción “analítica”, al decir de Florian Znaniecki, o de un muestreo teórico, desde la teoría fundamentada.

En cuanto a la confiabilidad, tampoco resultan pertinentes los criterios utilizados por las metodologías cuantitativas (test-retests, test paralelos, etcétera), siendo la fiabilidad sustituida por criterios relativos a la *dependabilidad* del contexto, a través de variaciones en los modos de interrogar, de observar y de recolectar datos. En el método etnográfico el tema de la confiabilidad nos lleva a la conocida controversia Freeman-Mead, cuando, poco después del fallecimiento de la célebre antropóloga, Derek Freeman publica una lapidaria crítica a sus observaciones de campo en Samoa, contradiciendo la “imagen turística, amable y apacible” (Reynoso, 1993) que Margaret Mead había descrito para la cultura samoana y la adolescencia de sus jóvenes púberes. Más allá de las vicisitudes personales y las polémicas, la controversia Freeman-Mead pone en la mesa el problema de qué tan confiables resultan las observaciones etnográficas, siendo que distintos etnógrafos pueden llegar a conclusiones radicalmente distintas sobre una misma cultura o un mismo pueblo. Siguiendo a Martínez Miguélez (2006), la confiabilidad resulta un requisito complejo para las investigaciones cualitativas, dada la imposibilidad de que, por ejemplo, dos etnógrafos repitan exactamente la misma investigación, sin que existan variaciones de contexto o aquellas propias del investigador, en cuanto instrumento interpretativo y reactivo del trabajo de campo. De todas

maneras, creemos que las dificultades bien pueden ser minimizadas, tanto en el diseño de investigación (triangulaciones, utilización de variaciones técnicas, reflexividad y vigilancia de la reactividad) como en la confrontación de experiencias dentro de una comunidad disciplinaria, que en su extensión y heterogeneidad pueda informar sobre el grado de fiabilidad de las distintas experiencias etnográficas.

CONCLUSIONES

A través del presente trabajo proponemos repensar la práctica etnográfica, buscando desnaturalizar ciertos atributos constitutivos del método etnográfico, así como reflexionar sobre problemas metodológicos generales, tanto en los criterios relacionados con la validez y confiabilidad como en torno a la reflexividad como herramienta teórico-metodológica de suma importancia para nuestra disciplina. La desnaturalización de las relaciones antropología-etnografía, etnografía-observación participante y etnografía-enfoque cualitativo nos permite entender la práctica metodológica como una construcción social abierta al cambio, en cuya dinámica estamos sumergidos, y que, por lo tanto, podemos reformular, principalmente bajo un contexto donde el “argumento técnico” nos permite una libertad y creatividad mayores en los diseños metodológicos, en cuanto sean útiles o eficientes para alcanzar nuestros objetivos cognoscitivos. Por ello, nos parece adecuado defender una concepción multitécnica del método etnográfico, sin menospreciar la importancia de lo cualitativo y la observación participante en el trabajo de campo antropológico.

Nos cuestionamos la oposición entre métodos cuantitativos y cualitativos, querella metodológica/epistemológica actualmente insostenible. Consideramos que en los hechos no existe una separación exacta entre ambas metodologías; tal antagonismo ha sido sostenido tanto bajo intereses de demarcación vinculados a la normatividad del método científico, en el caso de la “concepción heredada”, como por aquellos que buscaban separarse de un *mainstream* cientificista hoy en día inexistente, en la búsqueda de una concepción “revolucionaria” que escapara del etnocentrismo y los sistemas perversos de asimilación neo/colonialista. Dicha distinción ha sido considerada por muchos autores como banal, incorrecta y/o ambigua; a su vez, en la actualidad muchas investigaciones de diversas disciplinas combinan ambos métodos. La compatibilidad de ambos métodos parece ser bastante aceptada, principalmente con la llegada del “argumento técnico”. También abordamos el tema de la validez y la confiabilidad, adhiriéndonos a una reformulación en clave cualitativa, a fin de lograr una explicitación y un

refinamiento mayores de los métodos y técnicas de recolección, análisis y exposición de los datos. Creemos que el etnógrafo debe estar al tanto del debate, y debe asumir posturas explícitas en torno a estos problemas, reduciendo los riesgos de sesgos y contaminaciones en el trabajo de campo. En cuanto a la reflexividad, desarrollamos brevemente su emergencia, así como expusimos su importancia como herramienta metodológica, buscando integrar la misma no sólo a los criterios de validez expositiva, sino también a los de validez operativa y empírica, sin por ello caer en un uso relativista de la misma. También creemos que, en su sentido amplio, la reflexividad debe informar sobre la lógica del campo científico en toda su extensión, y que todo investigador científico tiene que asumir cierto grado de “vigilancia epistemológica” de su práctica, si buscamos investigadores críticos y reflexivos, comprometidos éticamente, que sean capaces de comprender su lugar en el mundo académico, científico y social.

La utilización de metodologías cualitativas y cuantitativas puede ser realizada de diversas maneras, algunas veces bajo un papel centralmente activo de lo cuantitativo, otras, en un intento de resolver problemas puntuales bajo un enfoque cualitativo general. En el primero de los casos tenemos, por ejemplo, a Robert Auger (1995), quien propone una metodología que denomina “enfoque reflexivo analítico”, conjugando reflexividad y muestreo estadístico en el proceso de recolección de datos, métodos y análisis. El segundo de los casos correspondería a nuestra propia investigación en el campo de lo religioso (Apud, 2013), una etnografía sobre las ceremonias de ayahuasca en Uruguay, bajo un diseño de investigación que denominamos “enfoque cualitativo con técnicas cuantitativas anidadas”. Si bien nuestra investigación fue principalmente cualitativa, ya que privilegió la observación-participación y la aplicación de entrevistas, también utilizamos técnicas cuantitativas en forma “anidada”, para responder preguntas puntuales, por ejemplo, la incidencia de la antigüedad y experiencia de los participantes en los efectos cognitivos (somatoestesia, volición, percepción, etc.) de la ayahuasca durante la ceremonia, a través de una escala psicométrica¹⁰.

10 También abordamos el problema de la confiabilidad y *dependabilidad* del contexto, a través del estudio de la incidencia del investigador sobre el campo (reactividad) y el análisis de la reflexividad durante el proceso de investigación en su conjunto (a través del análisis de la interacción entre la subjetividad del investigador y los sujetos estudiados, buscando elucidar aquellos aspectos relacionados con valores y creencias desde ambos polos del proceso de investigación, pero también a través del análisis de los entrecruzamientos entre el campo académico y el religioso, problematizando el “desdibujamiento” del límite entre ambos y la incidencia de todos estos procesos en el resultado final de la investigación). El proceso de reflexividad y la problematización de los factores vinculados con la validez operativa, empírica y expositiva fueron explicitados a lo largo del trabajo, tanto en lo cualitativo como en lo cuantitativo.

Tanto en nuestra investigación como en el siguiente trabajo nos propusimos formular un diseño etnográfico que pudiera, tanto metodológica como conceptualmente, conectar sus problemáticas con otras disciplinas, a través del diálogo interdisciplinario. En lo metodológico, creemos que implica abandonar el doble argumento epistemológico-ideológico señalado por Spiro (1996), íntimamente relacionado con una falsa dicotomía entre cualitativo y cuantitativo, para así pensar bajo los términos de lo que Bryman (1988) denominó “argumento técnico”, y que implica concebir los métodos en forma operativa, de acuerdo con los objetivos y fines de cada investigación. De esta manera, creemos que el antropólogo puede enriquecer el abanico de preguntas y de herramientas cognoscitivas, así como afinar sus criterios de validez y confiabilidad, sin por ello abandonar la reflexividad como herramienta metodológica. Repensar estas cuestiones implica repensar ciertas naturalizaciones y concepciones teóricas, vinculadas a viejas querellas que algunas veces explícitamente, otras en una especie de inercia institucional tácita, afectan a nuestra disciplina. ✱

REFERENCIAS

1. Apud, Ismael. 2013. Ceremonias de ayahuasca: entre un centro holístico uruguayo y el curanderismo amazónico peruano. Tesis de Maestría, Universidad Nacional de Lanús, Buenos Aires.
2. Atkinson, Paul y Martin Hammersley. 1994. *Etnografía*. Madrid, Paidós.
3. Aunger, Robert. 1995. On Ethnography: Storytelling or Science? *Current Anthropology* 36 (1). Special Issue: Ethnographic Authority and Cultural Explanation, pp. 97-130.
4. Bryman, Alan. 1988. *Quantity and Quality in Social Research*. Londres, Routledge.
5. Clifford, James. 2001. *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Barcelona, Gedisa Editorial.
6. DaMatta, Roberto. 1978. O ofício de Etnólogo, ou como Ter 'Anthropological Blues'. En *A aventura sociológica*, coord. Edson de Oliveira Nunes, pp. 23-35. Rio de Janeiro, Zahar.
7. Denzin, Norman e Yvonna Lincoln. 1994. *Handbook of Qualitative Research*. Londres, Sage Publications.
8. Falomir, Ricardo. 1991. ¿Demasiado pronto o demasiado tarde...? Algunas consideraciones sobre la naturaleza científica de la antropología. *Alteridades* 1 (1), pp. 33-39.
9. Geertz, Clifford. 1989. *El antropólogo como autor*. Barcelona, Ediciones Paidós.
10. Gibbons, Michael, Camille Limoges, Helga Nowotny, Simon Schwartzman, Peter Scott y Martin Trow. 1997. *La nueva producción del conocimiento. La dinámica de la ciencia y la investigación en las sociedades contemporáneas*. Barcelona, Ediciones Pomares.
11. Griaule, Maurice. 1969. *El método de la Etnografía*. Buenos Aires, Editorial Nova.
12. Guber, Rosana. 2005. *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires, Paidós.
13. Guigou, Leilo Nicolás. 2010. *Comunicación, antropología y memoria: los estilos de creencia en la Alta Modernidad*. Montevideo, Nordan, LICCOM, CSIC, UdelAR.
14. Hammersley, Martin. 1989. *The Dilemma of Qualitative Methodes*. Nueva York, Routledge.
15. Lyotard, Jean-François. 1993. *La condición posmoderna*. Barcelona, Editorial Planeta.
16. Malinowski, Bronislaw. 1995. *Los argonautas del Pacífico occidental. Un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica*. Barcelona, Ediciones Península.
17. Marradi, Alberto, Nelida Archenti y Juan Ignacio Piovani. 2007. *Metodología de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires, Emecé Editores.
18. Martínez Miguélez, Miguel. 2006. Validez y confiabilidad en la metodología cualitativa. *Paradigma* 27 (2), pp. 07-33.
19. Mauss, Marcel. 2006. *Manual de etnografía*. México, Fondo de Cultura Económica.
20. Miles, Matthew y Michael Huberman. 1994. *Qualitative Data Analysis*. Thousand Oaks, Sage Publications.
21. Mora Nawarh, Héctor. 2010. *El método etnográfico: origen y fundamentos de una aproximación multitécnica*. Disponible en: <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/rt/printerFriendly/1283/2956> [Consultado en marzo de 2012].
22. Nazaruk, Maja. 2011. Reflexivity in Anthropological Discourse Analysis. *Anthropological Notebooks* 17 (1), pp. 73-83.

23. Powdermaker, Hortense. 1966. *Stranger and Friend: The Way of an Anthropologist*. Nueva York, Norton.
24. Reynoso, Carlos. 1993. *De Edipo a la máquina cognitiva. Introducción crítica a la antropología psicológica*. Buenos Aires, El Cielo por Asalto.
25. Rostagnol, Susana. 1999. *Trabajo de campo. Marca distintiva de la antropología*. Montevideo, Publicaciones Universitarias, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar.
26. Samaja, Juan. 1997. *Epistemología y metodología*. Buenos Aires, EUDEBA.
27. Serbia, José María. 2007. Diseño, muestreo y análisis en la investigación cualitativa. *Hologramática* 3 (7), pp. 123-146.
28. Spiro, Melford. 1996. Postmodernist Anthropology, Subjectivity, and Science: A Modernist Critique. *Comparative Studies in Society and History* 38 (4), pp. 759-780.
29. Taylor, Steven y Robert Bogdan. 1987. *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona, Paidós.
30. Throop, Jason y Charles Laughlin. 2007. Anthropology of Consciousness. En *The Cambridge Handbook of Consciousness*, eds. Philip David Zelazo, Morris Moscovitch y Evan Thompson, pp. 631-669. Nueva York, Cambridge University Press.
31. Tyler, Stephen. 1986. Post-Modern Ethnography: From Document of the Occult to Occult Document. En *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*, eds. James Clifford y George Marcus, pp. 122-140. Londres, University of California Press.
32. Vidich, Arthur y Stanford Lyman. 1994. Qualitative Methods: Their History in Sociology and Anthropology. En *Handbook of Qualitative Research*, eds. Norman Denzin e Yvonna Lincoln, pp. 23-59. Thousand Oaks, Sage Publications.
33. Ynoub, Roxana. 2007. *El proyecto y la metodología de la investigación*. Buenos Aires, Editorial Cenage.